



LA FRASE
► LOTTAR MATTHAUS
 "Por lo menos pasarán dos años para olvidar un palo como este. Creo que no nos clasificaremos para el Mundial del 2002"

EL JUGADOR DEL DÍA
► ALFONSO PÉREZ
 Tras una temporada nefasta que concluyó con el descenso del Betis a Segunda División, Alfonso Pérez Muñoz se reivindicó convirtiéndose en el héroe de la clasificación española con dos goles decisivos.



LA ANÉCDOTA
► PASIÓN POR EL FÚTBOL
 Casi 800.000 personas siguieron en directo los partidos de la primera fase, lo que arroja una media de 32.000 espectadores por encuentro.

Un país al borde del colapso

► España repitió rituales y vivió angustiada el duelo con Yugoslavia

Alejandro Serrano
 Madrid, D16.

Quizá por el maltrato histórico que persigue con crueldad a la selección, quizá por el hundimiento colectivo que supuso el primer mazazo contra Noruega, lo cierto es que el ya repetido hasta la saciedad gol de Alfonso volvió loco a todo un país que apuraba con desesperación el último rayo de esperanza. A pesar de jugarse a una hora poco habitual y de que el miércoles era jornada laboral en España, miles de aficionados coparon los bares y las terrazas para asistir al encuentro más importante de la selección desde el pasado Mundial de Francia. Los seguidores pasaron de la frustración más absoluta a una euforia desbordada, que, alimentada por el calor asfixiante que se vivió en media España, dio paso a una comunión de abrazos y plegarias de gratitud que siempre suelen acompañar a los triunfos de tal magnitud.

Aunque la agónica y extasiante victoria no se trasladó luego a las calles y a las fuentes —en Madrid tan sólo hubo cien personas bañándose, esta vez sí, en La Cibeles—, el ritual de reunirse con los amigos para combatir los nervios de una cita tan trascendental volvió a repetirse en un país que va camino de convertir al fútbol en el nuevo Dios del recién nacido milenio.

EXPECTACIÓN CRECIENTE. Al igual que ocurrió en Sevilla, Valencia o Barcelona, Madrid se paralizó para contemplar el decisivo duelo contra Yugoslavia. A diez minutos del comienzo del partido, la Castellana era un paraíso para los amantes del paseo y la contemplación, que transitaban con inusual comodidad por la principal arteria de la ciudad. En una de sus selectivas terrazas, el optimismo y la demagogia se confundían entre el humo de los cigarrillos y los sesudos análisis técnicos de los cada vez más numerosos opositores a seleccionador nacional. "Guardiola está de pena, debería jugar Helguera y Gerard", bramaba uno de los cabecillas del griterío, que no podía disimular la influencia de cierto medio de comunicación en su particular modo de pensar. Ajenos al bullicio, una pareja discutía con vehemencia sobre la poca aportación al equipo de Raúl, aunque al inicio del en-



EUFORIA. Los aficionados vibraron con la victoria española.

DESMOND BOYLAN / REUTERS

cuentro la discusión, adornada de dulces miradas, ya había dado paso a la fusión veraniega de ambos labios.

Y en esto que empezó la fiesta y el singular coloquio se transformó en decenas de ojos clavados en el televisor en medio de un estado de ánimo a medio camino entre la incertidumbre y la ilusión. Desde

Los aficionados de Madrid pasaron de maldecir la mala suerte al "¡Lorenzo fichalo!" tras marcar Alfonso

el principio, la encantadora arbitrariedad del partido contribuyó a aumentar la interacción entre los clientes y la pantalla. España jugaba como nunca... "y perderá como siempre", se quejaba un hombre con rostro de sepulturero nocturno.

Las dudas de la terraza de La Castellana desaparecían en otra de los focos

principales de seguimiento al partido, Moncloa, el refugio de cientos de universitarios y quinceañeros senderistas de compaginar gloria deportiva con borrachera vespertina. En "La gallina loca" de Argüelles, el malestar creado por el 2-1 se disipó el tiempo que tardó en empatar Munitis. "¡Vaya golazo!" soltó de pronto un camarero, "sí, aunque yo no hubiese quitado a Mendieta del centro", le respondió su compañero de *curro*. Todo era convicción en la victoria cuando llegó el 3-2 y los insultos a Cañizares alcanzaron su momento álgido. "Tranquilo, que remontamos", se autoconvencía un chaval mientras miraba el reloj con ansiedad.

Finalmente, llegó la apoteosis del tiempo suplementario y, entre peticiones variopintas —¡Lorenzo fichalo!, se pudo escuchar en referencia a Alfonso—, el bar se puso a hacer una conga al grito de "Campeones". Un baile que se perdió uno de los estudiantes de Derecho allí presentes, que se despidió de sus amigos harto de esperar un milagro y que luego volvió para participar, tardía pero fogosamente, en la celebración del histórico triunfo.

Picasso

GASPAR ROSETY

La presunta crisis de Guardiola duró un minuto. Duró lo que dura un abrazo extasiante de Camacho, lo que tarda Alfonso en rematar, lo que España en dar la vuelta a la página del fútbol. Cuando el Barcelona perdió la Liga, la Copa del Rey y la Copa de Europa, hace unas semanas, seguí diciendo que Guardiola, en mi opinión, es arte en el fútbol.



Por eso, hace tiempo que lo llamo Picasso. Pep me dijo una noche, en el Canal Barca, que a veces siente la impresión de que se le olvidan los pinceles en casa, al tiempo que agradece el sobrenombre como un cumplido. Guardiola encarna el mejor fútbol de nuestro país, es el generador, el creativo, el dueño del partido. Pero no es el único que debe brillar. Pep, como Picasso, es capaz de hacer lo que los demás sueñan, dibujar una paloma de la paz en cinco trazos o destruir un partido en tres segundos.

A Pep, como a todos, hay que entenderlo y apreciarlo. No es bueno demonizarlo por una tarde gris. En otro tiempo ya se hizo con Clemente y no arreglamos el mundo. Cuando gozamos de un futbolista como Guardiola, hay que protegerlo, cuidarlo, mimarlo. Guardiola significa un motivo de orgullo para nuestro fútbol, por su calidad, por su visión y por su sufrimiento de jugador que sabe ser humilde y que se entrega por amor a una profesión. Alfredo Relaño dijo ayer que el titular de "Sobra Guardiola" fue una provocación premeditada. Lo cierto es que creó debate. No lo comparto pues considero que todos sentimos que hay un poco de Guardiola en cada estrella del balompié mundial.

Camacho acertó al sostenerlo contra el viento y la marea. El fútbol ha terminado por darle la razón. Y yo lo celebro. Como Picasso desde el cielo se sentirá feliz de que utilice su nombre con el debido respeto. Se lo agradezco.

